

De actualidad



ANTE EL DILUVIO

“Podré llegar a ser rey destronado, pero no tronado” —dicen que decía don Alfonso XII, aquel monarca cuatro veces Borbón— pues Borbones fueron los cuatro abuelos que le asigna la genealogía— que tuvo la fortuna de ser educado, después del destronamiento de su madre, en el destierro, a todos los vientos, entre camaradas de colegio y no como solitaria planta de invernadero en algún palacio cerrado a la luz de la historia viva de la realidad.

Y sin embargo de esa frase no resulta de la historia de su breve reinado que se hubiese cuidado mucho de asegurarse contra el trueno, sin duda porque se creyó bastante seguro en el trono. No se distinguió, en efecto, su reinado ni por desenfundados negocios, ni por homenajes de acciones liberadas, ni por jugadas azarosas, ni por turbias combinaciones financieras y bursátiles, por lo menos más de lo que en todos tiempos y naciones, monarquías o repúblicas, ha solido ser corriente. La obra de Cánovas del Castillo y de Castelar, que fué quien desde la oposición republicana más le ayudó en ella, fué, buena o mala, una obra política. La llamada Restauración pretendió afianzar las conquistas liberales y democráticas de la Revolución de 1868, revolución —no se olvide— llevada a cabo por monárquicos.

La agonía de la política empezó con la Regencia. Y durante ésta, cuando se hundió en el mar de las Antillas la escuadra de Santiago de Cuba —¡oh, suicidio de Villamil!— se llegó a creer en el trueno gordo. Pero no tronó sino la palabra de Salmerón, de Costa, de Pí y Margall, de Pablo Iglesias, de algunos pocos más ciudadanos patriotas.

¿Hoy? Hoy se oye un trueno subterráneo, que suena cada vez más cerca, y que anuncia un terremoto social, un estallido y tras de él la inundación de las aguas desbordadas. Y ni se le prepara dique ni cauce. Ante esta amenaza los amenazados sólo se cuidan de ir allegando reservas con que resistir el embate de

las aguas, o viático para el destierro o tal vez de divertirse y gozar en lo que les quede de disfrute del poder. “¡Mañana será otro día!” —se dicen—. Y juegan. Juegan en doble sentido. Lo que es jugar con fuego. A las veces parece que quieren asegurar la Casa, pero otras es como si quisieran aturdirse en ella antes de que al embate de la inundación se les vengán sus viejos y agrietados muros encima y les entierren en el fango que ha de arrastrar el cataclismo.

¿Crisis? ¿Decreto? ¿Disolución de Cortes? ¿Y qué más dá? Todo esto podía significar algo allá en los tiempos en que en España se hacía política. Pero hoy, no nos cansaremos de repetirlo, no se hace política en ella. Ni se cree que la política pueda encauzar las aguas desbordadas, las aguas de tormenta. Apenas queda quien crea que una reforma evita una revolución o más bien la encauce haciéndola legal e incruenta. Al oír el

trueno los unos se ponen a devorar cuanto guardaban en la despensa o aun tomándolo de las de sus vecinos, y los otros se hacen despensa en el barquichuelo con que esperan sobreponerse al diluvio. Y se juega. Aquellos juegan para gozar de sus ganancias antes que les coja el diluvio y éstos para atesorarlas. Y esto desde el tajo del labriego hasta el trono.

¿Política? Dicese con desdén que todas las escuelas políticas han fracasado, que todos los partidos históricos han agotado sus ideales. ¡Como si un ideal se pudiese agotar! Hasta el socialismo histórico en lo que tiene de político, que es en lo esencial de él, se encuentra en derrota. Le anega el aluvión del apoliticismo sindicalista, falto, en vigor, de doctrina alguna.

¿Y ahora se le ocurre al presidente del Consejo de Administración de los Negocios de la Casa decir que en todo el mundo los liberales están haciendo política conservadora! Será que los conservadores están haciendo política liberal. Por lo menos los conservadores de la civilización, los que luchan porque en este diluvio no se

rompa la continuidad de la historia, los que pugnan por hacer de todos los ciudadanos que trabajan una sola clase y evitar que los esclavos de hoy sean los tiranos de mañana. Y ese Presidente del Consejo de Administración de los Negocios de la Casa alude, despavorido, a lo que el viejo liberal Giolitti está haciendo en Italia, en la Italia una y redimida de los Saboyas, en la Italia de Mazzini, de Garibaldi, de Cavour, de Quintín Sella, en la que llevó a Víctor Manuel a Roma y puso el trono sobre el trueno. El pobre Presidente hoy —23 de septiembre de 1920— se muestra desolado de la desunión de los conservadores y teme, por otra parte, una disensión entre el Parlamento y la Corona. Y por esto, por evitar esta disensión, se niega a presentarse ante las Cortes actuales. Cree poder poner así el trono sobre el trueno.

Truena sobre los tronos todos; truena el tenebroso nubarrón cargado del diluvio y truena, que es de más pavor, bajo el suelo. No sólo las aguas, las tierras se conmueven y revuelven. Pero hay faraones a los que Dios parece haber ensordecido como a aquel que echó de Egipto al pueblo escogido. Diríase que se taponan los oídos para no oír el trueno y que se aturden con doble juego para no sentir que la tierra les tiembla bajo los pies. Y es como el que se pone a bailar en un terremoto para escapar de éste. ¡Lo que no es sólo frivolidad, no! Es como el niño que yendo solo y de noche por el bosque canta para ahuyentar el miedo.

Truena aquí sobre el trono. Y está éste rodeado de avestruces con sus cabezas bajo las alas. Y en tanto rueda la Bolsa.

¿Y el optimismo de real orden? Es el canto del niño que va solo y de noche por el bosque que se inunda.

MIGUEL DE UNAMUNO